



Descolonizar la universidad

Marco Vinicio Mejía Dávila
Director del IPNUSAC

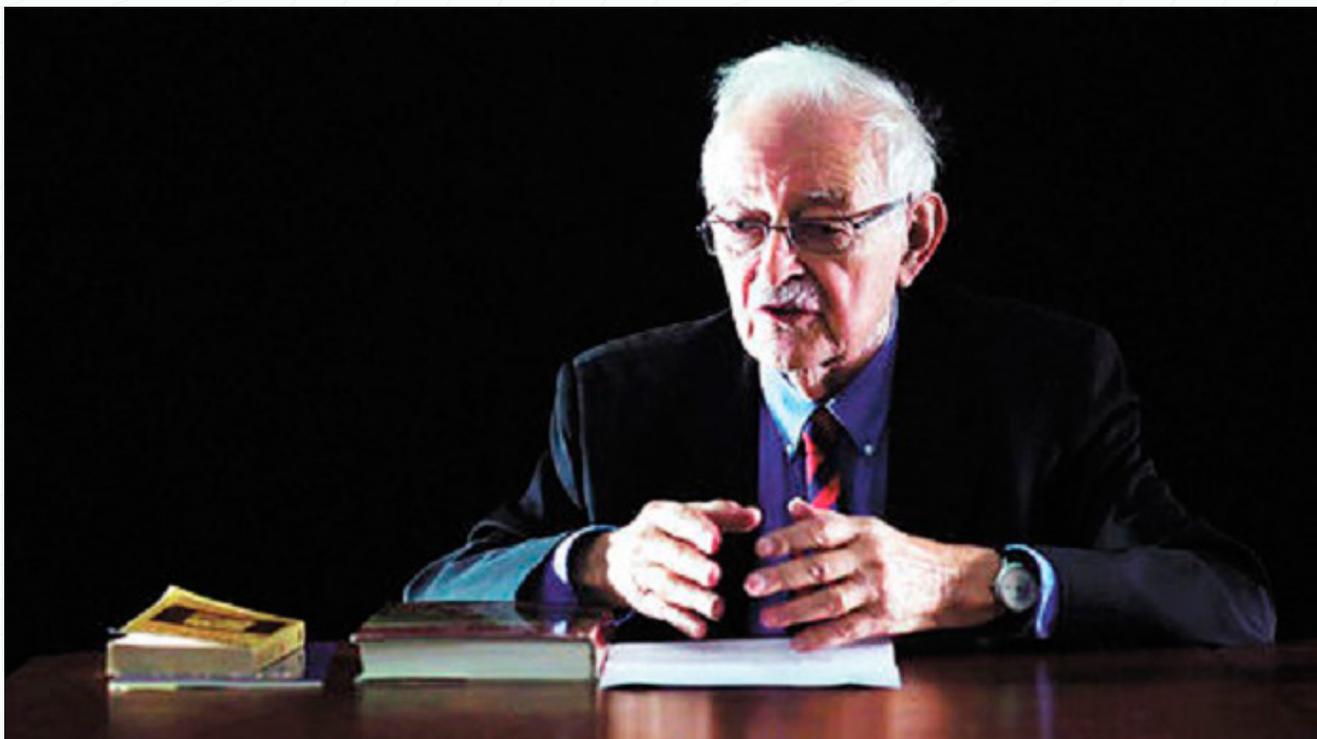
Durante 347 años, la Universidad de San Carlos de Guatemala ha sido definida por la trama de relaciones sociales dentro de las cuales se ha desenvuelto. Estas relaciones sociales han sido de dominación y de conflicto. Desde el 31 de enero de 1676, una de las tareas centrales de la universidad ha sido la producción y la transmisión de conocimientos. Este quehacer no se ha presentado como una actividad neutra, libre de valores, sino más bien por una de las formas de poder: la colonialidad del saber.

La colonialidad del saber ha derivado de la colonialidad del poder, relación planteada por el sociólogo peruano Aníbal Quijano hace veintitrés años. La colonialidad es la lógica que subyace al colonialismo, pero se ha mantenido hasta nuestros días. Es concebida como «el lado oscuro e inmanente de la modernidad».

Al seguir una línea de argumentación de Aimé Césaire (1913-2008), el ideólogo de la negritud, no hay modernidad sin colonialismo, ya que la civilización moderna occidental no se puede separar de la violencia colonial sobre la cual se ha edificado. La colonialidad del poder se refiere al patrón de poder global que surge con el mundo moderno y que, asociado a una clasificación racial, ha permitido el control y explotación de fuerza de trabajo, riquezas y territorios a lo largo del planeta, en beneficio de la emergencia y consolidación de las potencias colonialistas.

La colonialidad del saber se relaciona con la dimensión epistémica de la colonialidad del poder. La colonialidad del saber es constituida por un patrón de clasificación y jerarquización global de los conocimientos, de tal manera que unos aparecen como la encarnación del conocimiento auténtico y relevante, mientras otros conocimientos —

como los de los pueblos originarios—, son expropiados, inferiorizados y silenciados, a tal punto que dejan de ser conocimientos para aparecer como ignorancias, supersticiones o «pensamiento mágico».



«Las universidades han sido a la vez los talleres de la ideología y los templos de la fe». Immanuel Wallerstein (2006, p. 72).

Al examinar la organización de la sociedad guatemalteca durante casi tres siglos y medio, se advierte cómo se han modificado de manera sustancial los vínculos entre la universidad y la estructura del poder, en tanto el poder produce y reproduce a la universidad

como en el modo en que la universidad se articula con el poder.

Durante la prolongada historia de la universidad del Reino de Guatemala (132 años desde la fundación de la Universidad de San Carlos hasta la

creación de la Universidad de León en 1812) se reconocen tres grandes poderes hegemónicos que han incidido en los modelos de sociedad y de universidad: la Iglesia, el Estado y el mercado.

Desde sus orígenes, la colonialidad era la naturaleza de la universidad en Guatemala. La universidad colonial impuso administrativamente el poder colonial, ya que requería para su funcionamiento de una cédula real y una bula papal. Asimismo, su función principal era formar a los responsables de imponer a la población originaria una perspectiva de conocer/saber que era considerada como la única socialmente legítima. Su labor era producir y reproducir el patrón de dominación centrado en la colonialidad del poder.

Con la disolución de la Federación centroamericana en 1838, el Estado consolidó la colonialidad de la institución universitaria. Se dedicó a educar a las élites destinadas a ocupar posiciones de prestigio y de influencia en la estructura de poder. Sus profesores y alumnos se reclutaban dentro de la oligarquía dominante. Era una universidad elitista, que excluía de ella a las capas medias y a las clases populares. Sus estudios

eran orientados por una ideología aristocratizante y señorial. La ciencia y la técnica como actividades autónomas no lograron cautivar el trabajo académico. La organización académico-administrativa, basada en las cátedras y en las facultades, determinaba una estructura jerárquica, vertical y autoritaria de la institución.

En 1944, el Estado se constituyó en el garante de la universidad que surgió de la revolución considerada «democrático-burguesa». El anticomunismo y las exigencias para crear instituciones confesionalistas se tradujo en el surgimiento de las universidades privadas. A principios de la década de los ochenta del siglo pasado, la sangrienta acometida contra la universidad estatal y la caída del socialismo real propició que predominara el discurso académico sobre el libre mercado y la libertad económica. Los planteamientos del neoliberalismo no encontraron contrapeso en la universidad de San Carlos.

Después de más de cuatro décadas está en terapia intensiva la fe neoliberal en la total desregulación de mercados, como la forma más segura de alcanzar

la prosperidad compartida. A pesar de las evidencias, la universidad de Guatemala no analiza ni investiga que el fenómeno actual del debilitamiento de la democracia es consecuencia, precisamente, de la pérdida simultánea de confianza en el neoliberalismo y en la democracia liberal. El fracaso de las recetas del neoliberalismo se refleja en el mapa electoral latinoamericano, en el cual no proliferan los gobiernos «de izquierda» sino el rechazo a los fundamentos neoliberales de democracias fallidas, manipuladas por las oligarquías, en contubernio con el narcotráfico y los fundamentalismos religiosos.

En las cuatro últimas décadas, el sistema universitario guatemalteco se ha orientado hacia la gestión empresarial. Los discursos de la productividad y la calidad se han ido posicionando sin mayores cuestionamientos. El creciente papel protagónico de una imaginación burocrática asociada a este modelo es también otro de los rasgos que han permeando la labor cotidiana en las universidades, tanto en la estatal como en las privadas.

En el sistema de la educación superior se ha generalizado el modelo gerencial. Cada vez hay más preocupaciones por la rentabilidad de los programas ofrecidos y la transformación de los estudiantes en clientes. En la Universidad de San Carlos hay gratuidad en los pregrados, mientras los estudios de postgrado deben ser autosostenibles. Se ha extendido la intervención de las burocracias universitarias debido a la nutrida regulación de las prácticas académicas. Se impusieron procedimientos y formatos de los cuales cada vez se hace más difícil escapar y que tienden a consumir más tiempo y dedicación.

La descolonización de la Universidad de San Carlos principia por cuestionar a una institución que, desde sus orígenes, excluyó tanto a las poblaciones que fueron colonizadas, así como a sus maneras de conocer y a sus saberes. Este cuestionamiento se guiaría, primero, por superar la hegemonía de las estructuras occidentales del saber. En segundo término, con el avance de las estructuras institucionales disciplinarias. El tercer aspecto estriba en el diálogo sostenido entre el saber académico y los saberes de los pueblos subalternizados por el colonialismo del poder.

A 347 años de su fundación, la actual Universidad de San Carlos es hija de la revolución de 1944 y hermana de las masas que fueron sometidas y silenciadas durante la guerra interna. Ahora es el tiempo de que el análisis e investigación de los problemas nacionales parta del proceso de desarrollo económico y de producción de conocimiento. Este punto de partida permitirá que, desde el uso de la tecnología y el desarrollo de los saberes populares, haya generación, producción y distribución de bienes y servicios. Uno de los propósitos es facilitar la interrelación de la Universidad de San Carlos de Guatemala con los distintos sectores de la producción, así como el establecimiento de relaciones sociales frente a otras organizaciones o instituciones educativas, tanto a nivel nacional como internacional.

La descolonización facilitará a la educación universitaria pública la posibilidad de vincularse con la sociedad del conocimiento, contribuyendo a mejorar el proceso educativo universitario en su relación con los saberes populares plurinacionales, la creatividad y la pertinencia social. La gestión universitaria necesariamente debe comenzar por conocer su historia, su cultura, sus valores y vivenciar la solidaridad, la ética y el compromiso con los altos intereses de Guatemala, todo en el marco de la honestidad intelectual de quienes integramos la comunidad sancarlina.